

//Dossier// Natalia Crespo (coord.)

Rescates de archivo: voces desconocidas de las literaturas argentinas

Escrituras rabiosas en el siglo XIX cordobés. Un acercamiento a la obra de Rosario Echenique

María Gabriela Boldini¹

Recepción: 30 de abril de 2022 // Aprobación: 23 de mayo de 2022

Resumen

Este artículo se centra en la obra literaria y periodística de Rosario Echenique, una olvidada escritora católica cordobesa que produjo durante las dos últimas décadas del siglo XIX, un período de modernización en Córdoba y de importantes disputas entre católicos y liberales. En este trabajo, analizaremos dos aspectos de su obra: por un lado, su constitución como escritora pública, recuperando aportes de Graciela Batticuore y de Sylvia Molloy; por otro, el contenido heterodoxo de sus escritos, tomando como referencia a las categorías teóricas “heterodoxia” (Corona Martínez; Bocco, 2013) y “literatura menor” (Deleuze, 1975). Sus escritos públicos y privados están reunidos en *Mosaico* (Echenique, 1901). La autora desarrolla una escritura combativa y transgresora que expone problemáticas de género y las dificultades que aquejan a las escritoras del interior; evidencia el androcentrismo del campo intelectual y cuestiona el conservadurismo patriarcal, común a los sectores ilustrados católicos y a los liberales anticlericales.

Palabras clave

literatura cordobesa - siglo XIX - escritura de mujeres - Rosario Echenique - heterodoxias

Abstract

This article focuses on the literary and journalistic work of Rosario Echenique, a forgotten catholic woman from Córdoba, who produced during the last two decades of the 19th century, a period of modernization in this place and important disputes between catholic and liberal sectors. In this work, we are going to analyze two aspects of her work: on the one hand, her constitution as a public writer, recovering contributions from Graciela Batticuore and Sylvia Molloy; on the other hand, the heterodox content of her writings, taking as reference the theoretical categories “heterodoxy” (Corona Martínez; Bocco, 2013) and “minor literature” (Deleuze, 1975). Her public and private writings are collected in *Mosaic* (Echenique, 1901). This author develops a combative and transgressive writing that exposes gender problems and the difficulties that afflict countrywomen writers; it evidences the androcentrism of the intellectual field and questions the patriarchal conservatism, common to the enlightened catholic and anticlerical liberal sectors.

Keywords

Córdoba's literature - nineteenth century - women's writing - Rosario Echenique - heterodoxies.

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora Adjunta suplente en la cátedra de “Literatura Argentina I” de la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades. E-mail: gabriela.boldini@unc.edu.ar

Introducción

En 1885, el *Almanaque (Guía de Córdoba y Tucumán)* (Echenique, 1901: 7-10) publicó una semblanza de Rosario Echenique, a quien caracterizó como una señorita de la sociedad cordobesa que se ha distinguido por su culto a las letras y a las artes. El cronista reconoció lo difícil que es hacer una biografía de las almas, más aún cuando esas vidas retratadas escapan de aquellos “grandes acontecimientos que se narran por sí solos”. En otras palabras, lo que se preguntó fue cómo escribir la biografía de una mujer -acaso escritora- cuya vida transita por el escenario reducido del hogar y de la familia. ¿Su historia de vida merece ser biografiada? ¿Cómo construirla como una figura pública e ilustre?

Este artículo propone un acercamiento a la obra de Rosario Echenique y una indagación acerca de su configuración como escritora pública. Las interrogantes iniciales abren núcleos de problematización teórica en torno a las llamadas “literaturas menores” (Deleuze, 1975), a las escrituras del yo, a las heterodoxias, a los procesos de marginalización de la escritura de mujeres y del interior del país, entre otras cuestiones.

Deleuze y Guattari (1975) explican que el apelativo de “lo menor” para designar a un tipo de literatura no descalifica, sino que establece las condiciones revolucionarias que la misma puede desplegar en el seno de otra, concebida como “mayor” (o establecida). Una literatura menor “desterritorializa” la lengua y configura un dispositivo colectivo de enunciación que inscribe “lo individual” en una dimensión política. El estudio de las literaturas menores abre debates alrededor de las políticas literarias y habilita una reflexión sobre la lengua, concebida como espacio de disputas de sentidos, donde se libran batallas culturales y estéticas. Estas literaturas propician “desplazamientos”, “líneas de fuga” que perturban el sistema, implosionan sentidos y retóricas, pero no se manifiestan necesariamente como torrentes revolucionarios, rupturistas. ¿Cuáles son las líneas de fuga que propone la escritura de Rosario Echenique en el campo intelectual cordobés? ¿Qué representación de escritora pública y qué concepción de escritura se desprenden a partir de sus escritos periodísticos y privados?

Escasean las referencias biográficas acerca de Rosario Echenique. Sabemos que fue una escritora y artista plástica cordobesa que desarrolló su labor artística e intelectual entre el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX. Sólo publicó un libro en 1901, *Mosaico*, que constituye (como anticipa el título) una miscelánea de artículos periodísticos y de otros escritos de su archivo. Rosario procedía de una familia tradicional y católica provinciana. Había nacido en Córdoba en 1851 y su infancia transcurrió alternadamente entre la casa familiar de la ciudad capital y la de Anisacate, un paraje rural.

Su obra, ignorada por la crítica, integra una larga serie de libros olvidados en nuestro sistema literario. Un *texto oculto* cuya lectura, como advierte Cecilia Corona Martínez (2001), podría completar “agujeros” en el mapa de las literaturas de la Argentina. Un recorrido por los textos literarios y periodísticos de esta escritora abre nuevas perspectivas para reconfigurar las coordenadas del campo intelectual cordobés finisecular, el emergente proceso de profesionalización literaria, el rol social de la mujer y las tensiones entre modernidad y tradición que regulan el discurso social de la época.

El relato biográfico y las configuraciones de autoría

Los textos incluidos en *Mosaico* ponen en tensión diferentes modos de configuración de las subjetividades. Por un lado, la constitución del perfil autoral que el escritor del *Almanaque* realiza de Rosario Echenique en su semblanza, un texto que oficia como “presentación pública” de la autora y que se incorpora como prólogo de la obra. Por otro, los modos de autorrepresentación de escritora pública que se despliegan en sus artículos periodísticos y sus escritos íntimos, “de su cartera”, que circulan en el ámbito privado.

La semblanza traza un modelo de escritora pública voluntariosa y cristiana que lucha contra la “matadora atmósfera que respira el arte entre nosotros”. La figura pública de esta autora se constituye modélicamente sobre la base de la fortaleza y del sacrificio. Si resultaba arduo para cualquier escritora decimonónica salir a la palestra y disputar un espacio de reconocimiento e interlocución en el campo intelectual masculino, más complejo aún resultaba para aquella que escribía en el interior del país, en el marco de un campo intelectual hegemonizado aún por un discurso social conservador y dogmático. La preocupación del cronista, como ya señalamos, es la posibilidad de construir la biografía de un personaje no ilustre. Sylvia Molloy (1996) explica que cada período histórico tiene su propia concepción de escritura biográfica/autobiográfica y de memoria. La escritura biográfica del siglo XIX se centra en personajes públicos cuyas historias de vida pueden adquirir un perfil modélico y ejemplar para la posteridad, es decir, se reserva para “grandes hombres” y “grandes acciones”.

En este sentido, la semblanza ofrece el cuadro épico de una mujer que escribe. Es el cuadro “atrayente” -tal vez, por su excepcionalidad- de una mujer cristiana, virtuosa y autodidacta, que luchó por perfeccionar su talento y elevarse a mayor altura, en un medio que le resulta hostil. El contexto impidió el perfeccionamiento estético de su obra, por eso “sus trabajos, tanto literarios como pictóricos, no son acabados”; en compensación, se pondera el esfuerzo. Se observa entonces que el potencial disruptivo de este retrato se aminora o desdibuja bajo otra representación social que se impone: la de mujer cristiana, fuerte en su

debilidad. En el sacrificio y el sufrimiento, reside el secreto de su fuerza. Cuanto más intensa es la adversidad, más resuelta y valiente se muestra.

La semblanza reconstruye a grandes rasgos la trayectoria intelectual de Rosario Echenique, con referencias acerca de su biografía escolar y su formación artística. La escritora comenzó sus estudios en “reducida escala”, aprendiendo en escuelas particulares los conocimientos elementales de la escritura, la lectura, la gramática, la aritmética, la geografía y el catecismo cristiano. Esto constituía una práctica habitual en las familias encumbradas de la época. Durante un breve lapso de tiempo, -tan sólo por seis meses y medio- permaneció como alumna interna en el Colegio de Huérfanas de la capital cordobesa, primer Colegio de mujeres fundado en 1782 por el obispo de Tucumán, fray José Antonio de San Alberto. Allí, recibió una educación “acorde al bello sexo”, que incluye “enseñanza práctica de moral, religión, economía doméstica y varias clases de labores”.

Curiosamente, a solicitud de las maestras y por petición de nuestra escritora, la joven regresó a su hogar para permanecer al lado de su madre, a quien “adora con un cariño poco común”. En el orden de lo “no dicho”, estos hechos anecdóticos -triviales, tal vez- aportan algunos indicios para comprender ciertos posicionamientos y condiciones de su producción discursiva. ¿La decisión estuvo motivada solamente por razones sentimentales, o hubo algo más? ¿La enseñanza que ofrecía esta institución religiosa a mediados del siglo XIX iba acorde con la marcha de la civilización y de la liberalización del pensamiento? ¿Satisfacía los ideales de ilustración que esta familia católica, pero a la vez progresista, aspiraba para la educación de sus hijas?

Otro hecho llamativo en el relato de esta biografía es la relevancia que adquiere la figura materna en la promoción intelectual y artística de esta escritora, particularmente en su inclinación a la pintura. De hecho, Rosario dedica esta obra a su “virtuosa madre”: “Hojas de modestas flores de ideas y sentimientos puros que ella *cultivara en mi alma*”. Por el contrario, la figura del padre apenas se menciona en sus escritos. La señora Prudencia Palacios “hizo el propósito” de dar a su hija un profesor de dibujo. Así, Rosario inicia su formación artística con profesores particulares, entre ellos, el pintor lusitano Luis Gonzaga Cony². En 1874, pinta un óleo de la Purísima que replica el modelo de Murillo, al que titula: “Virgen con el niño”.

² Luis Gonzaga Cony nació en Lisboa, Portugal, el 22 de enero de 1797 y falleció el 5 de setiembre de 1894, en Córdoba. Fundó la primera Academia de Dibujo en la ciudad y dictó clases de manera privada. Dicha escuela promovió el desarrollo de las artes plásticas en Córdoba. Una de las obras más destacadas del pintor fue “La llegada del Ferrocarril a Córdoba”, de 1871, que se constituyó como ícono de la Córdoba progresista. También pintó los retratos de Fray Fernando de Trejo y Sanabria, Ignacio Duarte Quirós, entre otros, y alegorías como el telón del antiguo Teatro El Progreso de Córdoba.

Lo hace bajo la supervisión particular del pintor boliviano Francisco Ortega, quien se ausenta de Córdoba luego de una breve estancia y deja a Rosario entregada a su propia dirección. La joven artista ensaya retratos de su familia y toma como modelo a su propia hermana, María Eugenia. También dona al Ateneo un óleo del Deán Gregorio Funes (con quien existía un vínculo familiar, por línea materna).

Tanto en su labor como escritora pública o artista plástica, lucha contra los egoísmos y arbitrariedades del campo intelectual masculino, que desacredita la producción intelectual de las mujeres con la censura y la operación descalificadora de la crítica periodística. Rosario elige ser retratada como una escritora tradicional: ilustrada, cristiana, ubicada en la esfera de la domesticidad. Pone en juego este artilugio discursivo para que su palabra no sea denegada y censurada en el espacio público. Pero, ¿qué representaciones emergen a partir de la lectura de sus artículos periodísticos y textos privados? ¿En qué medida tensionan esta representación modélica de escritora pública?

En primer lugar, señalemos que esta escritora desarrolla una clara conciencia de autoría. Compila papeles de su archivo privado y periodístico, ordena, selecciona, publica. Toma decisiones en torno a qué mostrar y cómo para construir un determinado perfil autoral. No es una cuestión menor si se consideran los riesgos, los prejuicios, los estigmas que circulaban en torno a la mujer que escribe (masculinización, soberbia, vanidad intelectual, falsa erudición). Como advierte Graciela Batticuore (2005), en el terreno de la escritura pública se disputa el honor de la mujer que escribe, pero también los roles y representaciones tradicionales asociadas a la “femineidad” (el recato, la modestia, la humildad, la medida, entre otros).

Además, Rosario ejerce una labor de antóloga con los papeles dispersos de su hermana menor María Eugenia Echenique, quien se había destacado como colaboradora de *La Ondina del Plata* y constituido como pionera en la lucha por la emancipación de la mujer. La joven había fallecido en Córdoba en 1877. En memoria y homenaje a su hermana, la escritora reúne y selecciona una serie de artículos periodísticos, aparecidos en dicho medio y periódicos cordobeses de la época, y los recopila en una antología que titula *Colección literaria* y que edita en 1900. Al año siguiente, como hemos mencionado, publica *Mosaico*. La aparición consecutiva de ambas antologías (1900 – 1901) forma parte de un plan de trabajo y construcción estratégica de un perfil autoral.

¿Cómo quiere ser leída Rosario? ¿Desde qué anclajes ideológicos y tradiciones? Su escritura expande y complementa el proyecto creador de su hermana María Eugenia: se constituye sobre una matriz liberal emancipadora que reclama una mayor participación de la

mujer en el espacio público. De esta manera, constituye líneas heterodoxas que se enmarcan paradójicamente dentro de una ortodoxia católica. Ambas hermanas comparten proyectos artísticos, ámbitos comunes de formación intelectual y aspiraciones de constituirse en escritoras públicas. En 1871, por ejemplo, aparece en Córdoba *La Religión*, primer periódico femenino de nuestra ciudad, dirigido por la Srta. Leocadia Ferreyra³. Esta publicación contó con la participación activa de las hermanas Rosario y Eugenia Echenique: para ambas, su bautismo intelectual en la vida pública.

La mención a figuras familiares femeninas también aporta a la construcción de un linaje en el que se recuesta y legitima su escritura. *Mosaico* incluye una serie de textos autobiográficos que recuperan memorias familiares. Uno de ellos⁴ se centra en el personaje de la abuela paterna, “filósofa” cuyas ideas y sentimientos revelaban tendencias al mejoramiento de la condición social de la mujer:

- ¡Uff! -, murmuraba con frecuencia, todo el ascenso de la mujer, hasta ahora, no es más que a casarse o entrarse de monja, y ella devengaba un tanto de esta depresión, a su juicio, injusta que sufría su sexo asignando con aplomo los dictados de correjidora, gobernadora, alcaldesa, coronela, etc., etc., a las esposas de los señorones que, en su *época*, como llaman los viejos a la de su mocedad, habían desempeñado estos empleos y grados militares (Echenique, 1901:14).

De la cita anterior se desprenden varias cuestiones. La primera, un reclamo de mayor intervención de la mujer en la vida pública y un cuestionamiento de los roles sociales estrechos y limitantes que posee la mujer moderna. Paradójicamente, el progreso de las civilizaciones ha generado un retroceso en la emancipación femenina. Recluida en el hogar y sustraída de toda actividad pública, la mujer moderna sólo puede aspirar a casarse o tomar los hábitos religiosos. La escritora construye una genealogía familiar de mujeres destacadas y emancipistas. En la serie, incluye también a su bisabuela paterna, de quien la niña Rosario valora sus dotes intelectuales y su escritura: “- ¡Qué bien escribía esta señora; y en aquellos tiempos! ¿eh?, observé yo” (p.19). A ello, se suma la adscripción política antirrosista que este

³ El periódico se sostuvo solamente durante ocho meses (desde marzo a octubre de 1871) y no se conservan ejemplares de esta publicación en la actualidad. No obstante, la iniciativa pone de manifiesto una incipiente profesionalización y participación de la mujer en el acotado campo intelectual provinciano.

⁴ Cfr. “El donativo de mi abuela (Recuerdos de la niñez)”, 1885.

texto, como otros⁵, despliega en el relato de la memoria histórica. La historia liberal, mitrista, construye una “leyenda negra” en torno al rosismo, a fines del siglo XIX.

En la indagación de viejos papeles y la lectura de cartas y documentos familiares que la nieta amorosa realiza para su abuela, emerge una historia familiar, pero también social, política, provinciana. En este sentido, la figura del patriota y reformista Deán Gregorio Funes, impulsor del movimiento emancipador de mayo en Córdoba, se ubica en el panteón ilustre de la familia Echenique. María Eugenia, la hermana fallecida, también se constituye como “numen inspiradora” y se inscribe dentro de esta serie de mujeres ilustradas y aguerridas de la familia. En 1881, Rosario escribe “La Fe”, una fantasía romántica que dedica al escritor Joaquín V. González, a quien también incorpora como protagonista de esta historia. El poeta había publicado un artículo alusivo a María Eugenia Echenique en *El Progreso* (n° 215). En la ficción, el triste e inspirado poeta reclama la presencia de su amiga idolatrada y se encuentra con Rosario, ficcionalizada en el relato. Sobre ellos, emerge de manera espectral la sombra virginal y beatífica de María Eugenia para sellar esa amistad y comunión espiritual en la práctica de la escritura. La mente atormentada por los recuerdos y la nostalgia se consuela en la fe del reencuentro con la hermana querida, referente y guía espiritual en el batallar de la vida y las lides intelectuales.

La conciencia de autoría se traduce también en una reflexión en torno a la escritura. No es casual que el ensayo de apertura de este libro lleve como título: “A mi pluma”. Allí desarrolla una poética y ética de escritura que abre un debate en torno a qué, cómo y por qué escribir en un periodo de modernización literaria y de importantes cambios en el campo intelectual. Frente al desarrollo de la industria cultural y periodística que todo lo *magnifica* y *tergiversa*, la escritora le pide a su pluma que no se sumerja en el *lodo* ni que claudique frente a la mercantilización literaria:

En tus giros (sic.) de errante peregrina, de dolo no mancilles a tu paso el pudor, la belleza, la honradez. Apártate veloz del rango pestífero del mal: ¡en el lodo no te sumerjas nunca! Con él no escribas, no!! (...) Del oro ante su peana, ¡no escribas, no! (Echenique, 1901:11-12).

De igual modo, se opone al esteticismo y formalismo modernistas, un emergente literario que tuvo una importante repercusión en Córdoba y desató fuertes polémicas⁶.

⁵ En *Mosaico* se incluyen varios relatos históricos de temática antirrosista. Entre ellos, mencionamos: “Entre la vida y la muerte” (1888), “Lo que puede el miedo. Episodios del año 29” (1889) y “La puerta roja” (1894).

⁶ Rubén Darío visita Córdoba en 1896. La juventud universitaria del Ateneo organiza una velada literaria para agasajarlo. Eran intelectuales que adherían a las nuevas corrientes estéticas europeas que en su momento representaban la vanguardia poética. El homenaje generó conflictos dentro del círculo. Los intelectuales

Posicionada desde un paradigma más tradicional y romántico, Echenique sobrevalora la idea y la emoción por sobre la forma estética; la moral de la escritura, el patriotismo y la crítica social. En este sentido, desarrolla una escritura enfática: pasional, vibrante, combativa, valiente, que puede librar batallas culturales, políticas, religiosas y de género. Son elocuentes las imágenes que elige para representarla: “escribir con fuego”, “en valiente lid”, “ensañarse con el filo de la pluma, cual espada”. Escribir, escribir sin miedo y sin detenerse a pesar de la glacial indiferencia y el egoísmo. Se trata de una escritura potente y desafiante, que hiere como un “cross a la mandíbula” y que se enmarca en el contexto de un campo intelectual adverso para el desarrollo artístico e intelectual de la mujer, como ya mencionamos.

Esta circunstancia se intensifica aún más cuando se escribe desde la periferia provinciana. En 1897, Rosario Echenique le envía una carta a una amiga escritora, porteña, cuyo seudónimo es Luisa Mercedes del Solar⁷. Allí pone de manifiesto las asimetrías que existen entre Buenos Aires y las provincias y las dificultades que experimentan las escritoras del interior para profesionalizarse como tales. La carencia y la adversidad estimulan modalidades aguerridas de escritura y poses autorales *varoniles*:

Vd., mi discreta Mercedes, nacida y creada a orillas del Plata majestuoso, habrá visto desarrollarse sin obstáculo las innovaciones intelectuales y materiales que marcan el progreso de los pueblos. (...) Pero el porvenir de las provincias es un problema aún. (...) No podrá Vd. dejar de vislumbrar que esa analogía que existe entre la naturaleza y el hombre, es lo que ha impreso a mis producciones esa **brusquedad** y **franqueza** que resalta al lado de las poéticas novelescas de las escritoras del litoral. (...) Las luchas del espíritu contra las dificultades de la vida, proverbial en los pueblos del interior, han contribuido a desarrollar de un modo increíble la **virilidad** en mis comprovincianas que se deja traslucir hasta en sus gustos literarios. (Echenique, 1901: 206)⁸.

La crítica insidiosa que circulaba en el discurso periodístico resultó particularmente demoledora cuando se juzga la producción intelectual de la mujer. Rosario Echenique publicó en diversos periódicos locales. Lo hace asiduamente en *La Libertad*, un periódico liberal y

conservadores sostenían que la estética modernista implicaba un disloque de la lengua y un mero verbalismo poético. Afirmaban también que dicha escuela era blasfema en literatura y enemiga de la religión, en lo ideológico. El ateneísta Antonio Rodríguez del Busto presentó su renuncia al círculo, alegando en una epístola que lo acontecido en la velada había rebajado el nivel moral del Ateneo, destruido su autoridad en cuestiones literarias y probado que en dicha institución primaba un criterio *irreflexivo* y *arbitrario* para evaluar los movimientos estéticos y culturales contemporáneos.

⁷ Cfr. “Carta a Luisa Mercedes del Solar. (seudónimo de una escritora)”. En: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

⁸ El destacado es nuestro.

político, donde libró numerosas batallas y se defendió de acusaciones por sus posicionamientos políticos, artísticos e ideológicos. En 1896, por ejemplo, polemizó con un escritor conservador e hispanista quien le recriminaba su apoyo a la causa independentista cubana⁹. Por resultar ofensivo a la *madre patria*, descalificó los juicios de su adversaria, tildándolos de insensatos, imprudentes e inconsistentes. A su vez, ejerció un rol tutelar y paternalista sobre sus ideas; por eso, vemos que le aconseja sustraerse del “hueco lirismo de la manoseada libertad tan mal entendida por los estudiantes ramplones de nuestros centros de enseñanza” (p.200), en obvia alusión a una joven elite intelectual, liberal y renovadora, protoreformista, que se oponía al mundo tradicional. Otros artículos periodísticos indagaron en torno a la censura y a la arbitrariedad de la crítica¹⁰. El “murmurador” o “criticón” se ha impuesto sobre el crítico, alimentando un ocio intelectual que empobrece el espíritu y convierte al hombre en verdugo de sus semejantes.

Rosario Echenique en el campo intelectual cordobés

Las últimas décadas del siglo XIX marcan un período de importantes transformaciones y procesos de modernización en la sociedad cordobesa, que se manifestaron en diversas dimensiones. Se expandió el trazado urbano, se observó un importante desarrollo del comercio y la industria, se promocionó la actividad científica, se hibridó la sociedad con una mayor presencia de extranjeros, se empezaron a discutir problemáticas que atañían al obrerismo y la cuestión social, se secularizaron las costumbres con la implantación de políticas e instituciones laicas, entre otras innovaciones. “Lo nuevo” se impuso como un imperativo moral en un mundo vertiginoso que “marcha”. A su paso, derribaba tradiciones, estructuras anquilosadas, pero, a la vez, desplegaba nuevos ideales, oportunidades y modos de habitar el mundo.

Por eso, ese “tiempo nuevo” que todo lo arremolina estaba signado por las contradicciones y los interrogantes, las incertidumbres y los temores frente a lo desconocido que se avecinaba y al nuevo lenguaje de la modernidad. Se es “moderno” por una conciencia y una intención, explica Jorge Torres Roggero (2000). La apetencia de actualidad implicaba también la aceptación consciente de los claroscuros del mundo contemporáneo: el rechazo de

⁹ Rosario Echenique publica en *La libertad* dos textos alusivos al tema: “¡En sombra!” (octubre, 20-1896) e “In memoriam”, una necrológica en homenaje a Antonio Maceo, héroe de la independencia cubana. (diciembre, 14-1896). Polemiza con un escritor hispanista que firma con seudónimo: “el español”. Cfr. “A un español” (diciembre, 18-1896). En: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

¹⁰ Por ejemplo, los artículos “La censura” y “Suegra y suegro” (junio, 21-1898). En este último, cuestiona el estigma social acerca de la figura de la suegra, a raíz del estreno de la obra teatral *Amor de Suegra* del escritor cordobés Hipólito Lascano, en el Teatro Progreso de Córdoba. Textos disponibles en: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

una sociedad mercantilista y positivista que oprimía, tiranizaba y despojaba al hombre de certezas y fundamentos. El período finisecular estaba atravesado por la crisis y el desencanto frente a las promesas de la modernidad, pero ¿cómo se desarrolló en Córdoba este proceso modernizador? ¿Qué debates promovió? ¿Cómo se insertaron en esta coyuntura las voces de las mujeres?

Toda sociedad está regida por una serie de formaciones discursivas que determinan *lo decible* o *narrable* en dicho estado social, en tanto establecen dominantes y gramáticas discursivas. El discurso social (Angenot, 1984) comprende todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad; todo lo que se narra y argumenta. Esta categoría no sólo da cuenta del repertorio empírico, es decir, de la multiplicidad de enunciados que circulan socialmente, sino también, de la sintaxis discursiva, o sea, de los sistemas cognitivos, las distribuciones discursivas, los repertorios tópicos que en una sociedad organizan lo narrable y argumentable. La modernidad provinciana ponía en tensión toda una serie de prácticas y valores tradicionales de impronta religiosa y colonial que, hasta entonces, habían regulado las relaciones sociales. Las fuerzas renovadoras propiciaban la polémica, la militancia, la resistencia, la discusión en torno a los alcances y los sentidos de la modernidad.

Las resistencias procedían fundamentalmente de la Iglesia Católica y de sectores tradicionalistas vinculados con ella. Sin embargo, tampoco podemos establecer a *prima facie* una oposición taxativa entre católicos y liberales. Ambos ponían de relieve las contradicciones de un proyecto modernizador finisecular “decadente” y materialista, pero analizaban las problemáticas sociales desde perspectivas diferentes. A ello se sumó que tanto intelectuales católicos como liberales compartían un *habitus* de clase que propició acercamientos entre ambos sectores. Conformaban un grupo social letrado con tradiciones aristocráticas. En este sentido, el periodista porteño José Manuel Eizaguirre (1898), en sus impresiones sobre la vida y las costumbres del Interior, remarca el clasismo de la sociedad cordobesa con prácticas que evidenciaron una enfermiza preocupación por el linaje y la genealogía, un ansia de figuración y de esnobismo intelectual acrecentado por una identidad “doctoral”. Incluso, señala irónicamente que, aunque muchos intelectuales se proclamaron liberales y cuestionaron dogmas religiosos, por ser esto lo *políticamente correcto* en tiempos modernos, “bajo la capa van golpeándose el pecho y en los momentos angustiosos cantan *Mea culpa* y *Miserere*” (p. 39). Este es un claro ejemplo de una modernidad singular que negoció con las tradiciones.

El liberalismo laico en Córdoba se maridó básicamente con un discurso anticlerical, pero este se infiltró, incluso, en los escritos más progresistas e impuso limitaciones,

censuras/autocensuras discursivas. Lo planteado se intensifica aún más cuando hacemos foco en la escritura de mujeres. De hecho, Rosario Echenique se configuró como una escritora católica que se embanderó en la lucha contra el avance del liberalismo laico. Aun así, reconocemos heterodoxias en sus escritos. Según explican Cecilia Corona Martínez y Andrea Bocco (2013), “lo heterodoxo” puede manifestarse bajo diversas modalidades y dimensiones que evidencian las tensiones y complejidades discursivas. Decíamos que la escritora se opuso al “presuntuoso liberalismo” –soberbio, arrogante, insustancial, ficticio- que amenazaba con destruir un orden instituido:

Hoy que todo se remueve y saca a la arena de la discusión sin economizar ninguna clase de arma destructora para derribar el monumento firme de las convicciones de un pueblo, particularmente, el de sus creencias religiosas, debe la **escritora católica** (...) oponer la valla de su **ilustración e inteligencia** a los ataques de sus adversarios (Echenique, 1901: 71)¹¹.

No obstante, a pesar de su prédica católica y militante, no podríamos encasillar a Rosario Echenique como una escritora conservadora o retrógrada si se analiza con atención su obra y, particularmente, el ensayo del cual fue extraída la cita anterior. Sus planteos progresistas -especialmente, los relativos a la emancipación de la mujer y su intervención en la vida pública- matizan e instalan una tercera posición en este par dicotómico entre católicos y liberales.

En dicho escrito, discurre sobre la relación entre el hombre y la naturaleza, a la cual concebía como una creación divina, “espejo inmenso y clarísimo de la Omnipotencia Creadora” (69), que debía ser aprehendida en su contemplación estética y racional. La mujer, al igual que las flores, seduce en su faceta sensible, débil y sentimental, pero encierra el atributo de su savia: sus propiedades invisibles, como la potencia de su inteligencia. Sólo una moral egoísta y una prescripción social *trunca e incompleta*, que ha asociado históricamente la figura de la mujer con la esfera sentimental, han retrasado su progreso intelectual. En este sentido, la mujer debía reclamar como *derecho* y también como *deber* el estudio de las ciencias, más aún para aquellas que han emprendido la carrera de las letras y se constituyeron como escritoras públicas.

A contrapelo del “presuntuoso liberalismo” positivista, “la religión está en perfecta armonía con todas las ciencias” (72). Un planteo similar desarrolla en su artículo “El sentimiento en la ciencia” (1882), cuyo título ya pone en tensión una representación social

¹¹ Cfr. *Ib.* Los destacados son nuestros.

que asociaba la figura del científico con la insensibilidad. La facultad de sentir no es incompatible con la del pensar. Por eso, aunque no lo mencione, ¿por qué una mujer no podría cultivar la ciencia, sin que sea *masculinizada* o estigmatizada como *escéptica*? ¿Acaso no podría aportar a la ciencia el fin moral y humanitario que desconocía el positivismo? Por otra parte, para militar un proyecto de nación sobre la base de cualquier matriz ideológica -católica, en este caso- y sostenerse en el “campo de batalla”, era fundamental en todos los casos promover la ilustración y el desarrollo de la inteligencia en la mujer. Sólo de esta manera pudo poner una “valla” a los ataques de sus adversarios: polemizar, torcer la palabra del otro, constituirse en interlocutora válida en las discusiones públicas.

Estos debates alrededor de la educación se inscribieron en el marco de una controversia entre dos modelos educativos que entraron en pugna a fines del siglo XIX: el normalismo, implantado por el estado laico, y el modelo católico, de larga tradición en Córdoba. La radicación de la Escuela Normal de Maestros en Córdoba en 1884 generó una gran resistencia por parte de la Iglesia Católica. Se cuestionaba, básicamente, el modelo de una educación *sin Dios*, el perfil religioso *disidente* –protestante- de las maestras normales norteamericanas traídas por Sarmiento, el profesorado mixto, las bases de un proyecto pedagógico basado en una enseñanza científica, moderna y laica, entre otras cuestiones. En 1885, el vicario Gerónimo Clara lanzó una desafiante Pastoral en la que instigaba a las familias cordobesas a no enviar a sus hijas a la Escuela Normal. Las maestras llegadas a Córdoba fueron víctimas de discriminación y persecución. El escándalo se acrecentó aún más en 1906 a raíz del doble suicidio amoroso de Carlos Romagosa, Profesor de Historia de la Escuela Normal de Maestros, junto con su amante: la joven cordobesa María Haydeé Bustos, secretaria de dicha institución¹².

En la semblanza que Rosario Echenique escribió a raíz de la muerte del vicario mencionado (1901)¹³, procura revertir la imagen oscurantista de esta figura pública. En este sentido, incorpora una memoria familiar que revela una faceta íntima y privada del sacerdote. Nos cuenta la autora que cuando su hermana María Eugenia disertó como conferencista en el Club Social, en julio de 1875 (Echenique, 1900), mereció las más ardientes felicitaciones de Clara. A pesar de que este fue un hecho de notable trascendencia en la vida familiar y social

¹² El amorío entre Carlos Romagosa y María Haydeé Bustos inició aproximadamente en 1903 y provocó estupor en la sociedad cordobesa, especialmente dentro de la Escuela Normal de Maestros, lugar de trabajo de ambos. Se trataba de un amor adulterino que ofendía los principios de la moral cristiana ya que Romagosa era un hombre casado. La tragedia se desencadenó en 1906 con el suicidio de sus protagonistas, y tuvo repercusiones políticas y sociales. La Iglesia hizo un uso político de este escándalo para poner en evidencia la corrupción moral que promovía la educación laica.

¹³ Semblanza: “El Dr. Gerónimo Emiliano Clara” (1892).

cordobesa por tratarse de la primera mujer que tomaba la palabra en este recinto intelectual, solamente fue reconocida y halagada por el vicario: “¡él! el único sacerdote que entre sus numerosos amigos se presentó en nuestra casa, haciéndole recordar que *siempre había fomentado la educación de la mujer hasta donde había estado a sus alcances*” (Echenique, 1901: 153).

La anécdota nos ofrece un dato curioso para analizar las disputas políticas, ideológicas y religiosas en materia de educación que acaecieron en Córdoba por aquellos años; también, echa un haz de luz sobre la posible repercusión que tuvo la mencionada disertación de María Eugenia Echenique en el Club Social. En esa ocasión, la joven escritora expuso acerca de “La libertad”, destacando los valores republicanos y liberales de las sociedades latinoamericanas, pero advertía que para la mujer –ciudadana a medias- este valor era aún una deuda, un problema a resolver. Estas declaraciones, ¿sembraron malestar en la sociedad cordobesa? ¿Resultaron, acaso, ofensivas, tanto para católicos conservadores como liberales? ¿Por qué no fue felicitada Eugenia por sus amigos? ¿Por qué tuvo como respuesta el indiferentismo?

Además, debemos comprender que Rosario Echenique desarrolló su trayectoria intelectual en ámbitos de formación católica y por fuera de otras instituciones académicas socialmente legitimadas como la Universidad, pero reservadas para una elite ilustrada y masculina. Escribió numerosos textos con temáticas religiosas¹⁴ e, incluso, algunos discursos públicos que hizo por encargo de ciertas instituciones religiosas, como el que ofreció a beneficio de las Hermanas de la Caridad del Colegio de N.S. del Huerto (1879). Allí, rescata la labor educadora impulsada por esta institución y las Hermanas de la Caridad, para “establecer un tanto la equidad en el ramo de educación de ambos sexos” (44).

En el marco de este circuito periférico que la Iglesia ofrecía para la instrucción de la mujer, -por supuesto, con propósitos adoctrinadores y disciplinantes para estos cuerpos subalternizados- Echenique también destacó la promoción cultural que estaba llevando a cabo la Congregación de Santa Filomena¹⁵. Poseía una biblioteca con más de cinco mil volúmenes que “responden a las exigencias del espíritu y necesidades del siglo altamente ilustrado y liberal” (36). Para la autora, la mujer era una pieza fundamental en el cuerpo o armonía social, al igual que el hombre. Por eso, en ese organismo o totalidad no puede quedar rezagada en el camino de la instrucción y del progreso. Se trata, además, de un principio de equidad y justicia.

¹⁴ Cfr. “El Domingo de Ramos (Meditación)” (1884); “A la Virgen del Milagro. La Victoria de las victorias” (1892); “La ofrenda de oro. A María del Rosario” (1892); “Los hijos de la Fe” (1892); “Choya o La chispa del pedernal” (1901), entre otros.

¹⁵ Cfr. “Un instituto que progresa”, 1881. En: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

La mencionada Pastoral de Clara de 1885 también condenaba las ideas expuestas por Ramón Cárcano en su Tesis de grado “De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos”, la cual había sido presentada en la universidad en 1884. En su tesis, el joven liberal y anticlerical cuestiona el código civil vigente que reglamentaba los derechos hereditarios de los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos. Cárcano desarrolló una temática espinosa que involucró cuestiones morales, jurídicas, religiosas y de problemáticas de género. Básicamente, plantea que, por prejuicios religiosos y sociales, y más aún, por temor al escándalo y a la vergüenza públicos, el código civil avalaba la impunidad de los padres, en tanto prohibía toda indagación de paternidad o maternidad de la filiación adulterina, incestuosa o sacrílega, sólo para resguardar el pudor social y no atentar contra las *buenas costumbres*.

Lo curioso es que, en el desarrollo de su argumentación, y particularmente cuando se refiere a la filiación adulterina, el sujeto social fustigado es la mujer adúltera¹⁶. La mirada jurídica está puesta sobre los hijos, víctimas de dicha situación, pero nada dice el texto acerca de las inequidades de género y sobre la doble moral burguesa que toleraba “licencias” para el hombre, pero “condena” para la mujer. La tesis escandalizó a los sectores más conservadores de la sociedad cordobesa por su contenido anticlerical. Como nota de color, Cárcano relata, en *Mis primeros ochenta años* (1943), que una manifestación de *distinguidas damas católicas* marchó por las calles de Córdoba en procesión, con cruces altas y estandartes religiosos para apoyar al vicario Clara y denostar al *joven hereje*. ¿Es verosímil suponer que nuestra escritora haya participado de esa procesión católica? Creeríamos que sí. Ahora bien, ¿qué tienen para decirnos esas *beatas* ridiculizadas por el joven liberal, estereotipadas como hipócritas y fanáticas? ¿Acaso los escritos de Rosario Echenique, surcados por múltiples heterodoxias, pueden desmontar en parte tal prejuicio?

Por su parte, desde 1882, existía en Córdoba la Sociedad Literaria Deán Funes, un círculo intelectual liberal que dictaba conferencias sobre temáticas de interés público. Las mujeres participaban de estas veladas únicamente como auditoras y eran interpeladas a constituirse como madres republicanas, cultivando el espíritu patriota en sus hijos¹⁷. El Dr.

¹⁶ Un ejemplo: “...Una mujer infiel a sus deberes conyugales, para satisfacer sus criminales amores, se esconde, se cubre de las mayores precauciones, emplea toda su fina astucia para inspirar confianza a su marido, mientras complace sus pasiones a la sombra de la perfidia. (...) Sucede siempre que el público se apercibe de esta conducta, asiste al escándalo con todos sus degradantes incidentes, recrimina, compadece, o ridiculiza al esposo, que sin tener siquiera la duda de la sospecha que empaña su ventura, permanece tranquilo en la felicidad jurada por la mujer, en nombre del amor bendecido por Dios...”. Cfr. Cárcano, Ramón. (2011). *De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos*. pp. 80-81.

¹⁷ Cfr. Disertación del socio colaborador D. Lorenzo Anadón: “Avivemos entonces tan elevado sentimiento, y vosotras, madres y esposas que me oís, vosotras que poseéis tesoros infinitos de ternura, inspirad a los niños, que serán los sabios, los tribunos, los legisladores del porvenir, el culto santo de la patria, y formadlos no solo para la

Cornelio Moyano Gacitúa, catedrático de la Universidad, también se refirió en una ocasión al estadio de progreso y civilización que había alcanzado la mujer en la sociedad moderna decimonónica, si se comparaba con épocas pasadas: “vosotras señoras (...) os encontráis en un trono y medio humanidad os quema incienso” (1882: 11). Pero, ¿qué dicen las mujeres al respecto? Los reclamos que leemos en los escritos de Rosario Echenique ponen en cuestión dichos supuestos.

Además de auditoras, las mujeres se constituyeron como ornato en el campo literario de la época. Sus nombres figuraban solamente en las secciones dedicadas a la vida social en las revistas literarias. Esto se observa, por ejemplo, en *El destello*, un semanario literario editado en Córdoba, en 1888, que surgió como iniciativa de la juventud liberal universitaria. La revista poseía tres secciones vinculadas con la vida social de la ciudad. También incluía ramos de violetas y acrósticos dedicados, en muchos casos, a las lectoras de la revista¹⁸.

Como observamos, en este campo de disputas políticas, ideológicas y religiosas, las voces de las mujeres han estado siempre marginalizadas. Católicos y liberales coincidían en que el ámbito de potestad de la mujer era el hogar y su rol social, la crianza y la educación de los hijos, vale decir, la formación de la futura ciudadanía. De hecho, un recorrido por el entramado discursivo de la época revela estas ausencias. Pero, ¿Acaso las mujeres cordobesas no escribían? ¿Acaso no estaban preocupadas por asuntos de la *vida pública*, ni por su mejoramiento intelectual? Juan Bialeto Masse, en su informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo (1904), destaca asombrado el poder de movilización y de convocatoria que tenía la mujer obrera cordobesa:

(Se) siente una verdadera sorpresa al ver en Córdoba grupos de mujeres de cien y de doscientas y más tomar parte en las huelgas y manifestaciones públicas, y aisladamente oír las protestar que ellas no dejan de ser religiosas, pero que, aunque se lo diga el padre, no aceptan estar obligadas a dejarse matar de hambre (1968: 434-435)¹⁹.

ciencia y la moral, sino también a imagen y semejanza de la República...” (p.12). Sociedad Literaria Deán Funes, Córdoba, 1882.

¹⁸ Ramos de violetas: “Victoria Casas/ Isabel Novillo/ Oladia Aramburu/ Luisa Oyarzabal/ Eulogia Campillo/ Trinidad Posse/ Aurora Rodríguez/ Saturnina Novillo”. Acrósticos: la letra inicial de cada verso forma el nombre de la mujer a la que se quiere homenajear. En este caso, se trata de la joven Carmen Cabanilla: “Cuando el sol de tus pupilas/ alumbró mi corazón/ risueña, feliz visión/ míntiome tanta ventura/ en mi encanto hubo locura/ numen fue mi inspiración/ cuando al fin la pasión/ a tus bellos resplandores/ brindó la dicha amores/ a mi pobre corazón/ no era esto una ficción/ inmensa fue mi ventura/ llévame al fin tu hermosura/ al cielo de mi pasión.”. Cfr. *El Destello*. Año I, N° 32. Córdoba, 1888.

¹⁹ Cfr. Bialeto Massé, J. (1968 [1904]). Cap. XIX. “Las sociedades obreras”. *Estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*.

En otro orden, el ya mencionado José Manuel Eizaguirre (1898) planteó similares apreciaciones en relación con las mujeres ilustradas y su círculo intelectual:

En Córdoba, la mujer vale mucho más que el hombre en cultura, en amabilidad, en aspiraciones. (...) Señoras cordobesas, sencillas siempre, (...) con dominio sobre las preguntas breves y galantes, no trabadas ni en la lengua ni en el andar (1898: 298)²⁰.

Los ejemplos anteriores bastan para poner en tensión las representaciones tradicionales de la mujer, asociadas a la esfera de la domesticidad. En tal sentido, Rosario Echenique mantuvo una polémica con la escritora porteña Amelia Palma²¹, quien en la época había publicado un manual de economía hogareña: *La vida práctica: lecturas y lecciones de economía doméstica*. Este texto, como otros de su mismo género, tenía un claro perfil pedagógico. Su objetivo era dotar a la mujer de una serie de conocimientos y aptitudes para administrar la economía del hogar y cumplir eficientemente los roles que la sociedad le imponía: esposa y ama de casa.

En el transcurso de la argumentación, Rosario refuta una serie de supuestos que la escritora porteña planteó en su libro, entre ellos, el alcance que tiene el término “ama de casa” en tanto no debería quedar restringido solamente al ámbito de lo privado, ni al mandato matrimonial. No sólo el matrimonio constituye a la mujer como ama de casa, ni tampoco representa su única aspiración. Ella misma se erige como ejemplo: es una mujer soltera que regentea un hogar y cuida de sus hermanos/a menores, luego de la muerte de su madre²². El rol de “ama de casa” puede ser atribuido en un sentido amplio, tanto a la superiora de un internado de educandas, como a la que gobierna una colectividad religiosa, de caridad y de beneficencia. La “perfectibilidad doméstica”, por otra parte, también puede derivar en egoísmo y materialismo y no garantiza en todos los casos la felicidad o el éxito matrimonial.

Como se indicó anteriormente, estos planteos resultan disruptivos en términos sociales y religiosos, pero, además, desnaturalizan y ponen en evidencia un conflicto de representaciones entre Buenos Aires y las provincias. Rosario no le augura “buena vida” a este libro en Córdoba. Será leído con interés, figurará en todas las esferas femeninas, se ubicará en el catálogo de obsequios de boda, pero *aquí*, la importancia de la mujer en la vida del hogar se acrecienta cuando comparte las grandes luchas de la sociedad; *aquí*, la mujer que

²⁰ Cfr. Eizaguirre, José Manuel. (1898). Cap. XV: “Ateneo”. En: *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el interior*.

²¹ Cfr. “Contestación. A la señorita Amelia Palma”. 1899. En: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

²² No es un dato menor. El padre de Rosario Echenique había muerto en 1871. Desde entonces, las hijas mayores Rosario y María Eugenia contribuyeron al sostén económico del hogar. Las hermanas aspiraban a profesionalizarse como escritoras y recibir una retribución económica por su trabajo intelectual.

sólo cuida de su familia es tildada de egoísta o de indolente. El texto invita a repensar la oposición modernidad/tradición, adjudicada a ciertas localizaciones y cuestiones de género. ¿Las provincias son acaso el epicentro del conservadurismo frente al liberalismo civilizador metropolitano?

La escritura íntima

Nos centraremos finalmente en los escritos íntimos que Rosario Echenique incluye en *Mosaico*. Conforman una miscelánea de aforismos, ensayos y textos sapienciales que la escritora dedica a sus hermanas menores y amigas, desde un lugar de autoridad docente y maternal. En ellos, prevalecen las reflexiones sobre cuestiones de género, las luchas en el campo artístico y cultural, y el desahogo frente al hostigamiento que la sociedad ejerce sobre la mujer.

“Pensamientos varios” (Echenique, 1901) reúne una serie de aforismos que discurren sobre temáticas diversas y refrendan una subjetividad aguerrida y combativa. Las lides del campo intelectual se asemejan a prácticas de piratería en las que el talento tiene que salir a flote, más allá de los riesgos, el ataque y la censura. La prudencia o la modestia que los hombres prescribieron para la escritura de la mujer son recursos *recomendaticios* que atentan contra su virtud y energía. La naturalización de una subalternidad de género derivó en una serie de anomalías que se manifiestan en distintas esferas sociales. En el campo artístico, por ejemplo, la elección de seudónimos despreciables puso en evidencia una alienación colonial e histórica de género. ¿Qué autoridad pretendía tener la palabra de una escritora si construyese un perfil autoral reconociéndose en un seudónimo como “pobre diablo”? En estos escritos íntimos, se plantean con mayor contundencia las críticas hacia la sociedad masculina, la arbitrariedad y los estereotipos en torno a la figura de la mujer. Un sujeto social históricamente hablado por otros e “incomprensible” para el hombre. En las relaciones entre los géneros, al igual que en el terreno oscuro de la política, prevalecieron siempre los derechos del hombre “por ser el más fuerte, pero no el más razonable y equitativo” (27).

En 1898, Rosario escribió un largo ensayo con perspectiva de género, en el que desmonta con lucidez toda una serie de anomalías y contradicciones de la sociedad moderna²³. Se lo dedicó a sus hermanas menores, Nicasia y Tránsito. La escritora observa una desarticulación entre las prácticas y los discursos. La sociedad toleraba lo que “vitupera en abstracto”. Presenta numerosos ejemplos para desarmar la sintaxis patriarcal: uno de ellos, el

²³ Cfr. “Anomalías. A mis hermanas Nicasia y Tránsito”. En: Echenique, R. (1901). *Mosaico*.

lujo y la coquetería de la mujer que se fustiga, pero se promueve a la vez. Y aún más, se pregunta:

¿Es acaso un vicio exclusivamente femenino? Los hombres también son coquetos: ¿No lo demuestran las peluquerías y lujosas roperías que se encuentran en cada cuadra de una ciudad? (...) Si hay entre nosotros veinte sastres para diez modistas, se contarán cien peluqueros para... (Echenique, 1901: 221).

Recurre también a una extensa argumentación religiosa para legitimar la equidad entre los géneros, en una sociedad tan católica como farisea. El precepto bíblico posicionaba a la mujer como compañera del hombre, reconocía su mancomunidad de origen. Sin embargo, a la mujer se le asemejaba más que a él a cualquier ser de la naturaleza; participa del pecado al igual que el hombre, pero se arrepiente y no traiciona al pie de la cruz. No escupe el rostro del mártir. De esta manera, el discurso religioso se constituía en garante de la igualdad de los géneros: la equidad es un principio divino, por eso sólo en el código del evangelio la mujer podía proteger sus derechos.

Por su parte, en su mirada crítica acerca del hogar cristiano²⁴, advertimos un planteo muy disruptivo, más aún si tenemos en cuenta que Rosario Echenique se reconocía como una “escritora católica”. En este sentido, señala que el “hogar cristiano” no siempre se constituía como oasis de la armonía familiar. En el espacio doméstico se reproducían la violencia y el despotismo sociales. La corrupción de las costumbres empezaba, por ejemplo, cuando el hombre desatendía a su familia y permanecía en el café; también, cuando la mujer soportaba resignada la “gula” del hombre para no importunar la paz familiar, ni atentar contra las buenas costumbres. La abnegación y la sumisión cristianas no constituían virtudes para la mujer si no se sostenían sobre la base del derecho, la sensatez y la justicia.

Cierre

Un recorrido por la ignota obra de Rosario Echenique abre nuevas perspectivas para leer los complejos procesos políticos, socioculturales y estéticos que atraviesan las literaturas argentinas de fines del siglo XIX, en un contexto de modernización y desde una órbita no metropolitana. Sus textos habilitan líneas de fuga que ponen en tensión representaciones sociales instituidas y pares categoriales dicotómicos para interpretar la realidad. Rosario se configuró como una escritora católica y militó desde este espacio institucional, pero desarrolló

²⁴ Desarrolla estas ideas en su ensayo: “*De mi cartera (para muchos)*”, 1897.

una serie de planteos disruptivos que problematizaron las nociones y el alcance de los términos conservadurismo y liberalismo en Córdoba, en el periodo que nos ocupa.

Su escritura impugnó la voz del poder, matizó y sentó una tercera posición en este debate. Nos sorprende la virulencia de sus escritos, su palabra rabiosa y combativa. Rosario Echenique libró batallas culturales y de género en el campo intelectual cordobés (clasista, aristocrático y masculino) para obtener un reconocimiento como escritora pública y reclamar por una mayor participación de la mujer en la vida social.

Advertimos en su obra una lúcida conciencia de autoría que incidió en las decisiones y estrategias que adoptó para llevar a cabo su proyecto creador. Esto es, la construcción de diversos perfiles autorales en su escritura pública y privada, la tensión entre lo biográfico y lo autobiográfico, la selección, organización y disposición de los materiales en su único libro publicado, la configuración de genealogías, al igual que sus reflexiones en torno al arte y la escritura. Sus textos discurren sobre diversas temáticas, en las que prevalece la perspectiva de género.

Nos preguntamos por qué su obra fue subsumida en el olvido. ¿Acaso demasiado revulsiva para la época? ¿Acaso poco atractiva para la crítica liberal por su “fachada religiosa”? ¿O acaso simplemente porque es una mujer de provincia la que escribe? Espectral y perturbadora, su obra echa luz sobre un pasado que habla y se abre al porvenir.

Bibliografía

- Anadón, Lorenzo. (1882). “Disertación”. *Conferencia Literaria*. Sociedad Literaria Deán Funes. Córdoba: Imprenta de “El Eco de Córdoba”.
- Angenot, Marc. (1998). “Hegemonía, disidencia y contradiscurso. Reflexiones sobre las periferias del Discurso Social en 1889”. *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Batticuore, Graciela. (2005). *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- Bialet Massé, Juan. (1968). *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Dirección general de publicaciones.
- Cárcano, Ramón. (2011). *De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba; EDUCC –Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Cárcano, Ramón. (1943). *Mis primeros ochenta años*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Corona Martínez, Cecilia. (2021). *Puntos sueltos. La literatura argentina y sus textualidades ocultas*. Buenos Aires: Teseo.
- Corona Martínez, Cecilia; et. al. (2013). "Prólogo". *Mapas de la heterodoxia en la literatura argentina*. Córdoba: Babel editorial.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. (1978). "Capítulo 3. ¿Qué es una literatura menor?". *Kafka. Por una literatura menor*. México D.F: Editorial Era.
- Echenique, Rosario. (1901). *Mosaico*. Córdoba: Establecimiento tipográfico "La Italia".
- Echenique, María Eugenia. (1900). *Colección literaria*. Córdoba: Biffignandi.
- Eizaguirre, José Manuel. (1888). *El destello. Semanario literario*. Año I. N° 32. Córdoba: Imprenta de "El Interior".
- _____ (1898). *Primera serie de cartas sobre la vida y las costumbres en el interior*. Córdoba: R. Bruno y C.A editores, Talleres "La Industrial".
- Molloy, Sylvia. (1996). "La autobiografía como historia: una estatua para la posteridad". *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moyano Gacitúa, Cornelio. (1882). "Disertación". *Conferencia literaria*. Sociedad Literaria Deán Funes. Córdoba: Imprenta de "El Eco de Córdoba".
- Torres Roggero, Jorge. (2000). *El combatiente de la Aurora. Córdoba y los inicios de la modernidad literaria*. Córdoba: Alción editora.
- Lotman, Iuri. (1996). "El símbolo en el sistema de la cultura". *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y el texto*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Masiello, Francine. (1997). *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura Literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo editora.
- Rojas, Ricardo. (1948). "Introducción". *Historia de la literatura argentina. Tomo I*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Rojas, Ricardo. (1954). *Blasón de Plata*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Rubione, Alfredo. (2006). "Introducción. La crisis de las formas". En: Jitrik, Noé (Dir.). *Historia crítica de la Literatura Argentina. La crisis de las formas* (Volumen 5 - pp. 7-15). Buenos Aires: Emecé editores.
- _____ (2006). "Retorno a las tradiciones". En: Jitrik, Noé (Dir.). *Historia crítica de la Literatura Argentina. La crisis de las formas* (Volumen 5 – pp. 75-99) Buenos Aires: Emecé editores.